

FRANCESC PERENYA. IN MEMORIAM

Íngrid VENDRELL FERRAN

Philipps Universität Marburg

ingridvefe@web.de

Conocí a Francesc Perenya durante los años 90, cuando yo era alumna de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona. Francesc era por aquel entonces un profesor emblemático. Fumaba en pipa mientras daba sus clases. Incluso intentaba entrar con ella en la biblioteca, el llamado edificio OVNI, alegando que en el cartel de “prohibido fumar” aparecía solo un cigarrillo, pero no una pipa.

Recuerdo con mucho cariño su seminario de Heidegger dedicado a la lectura de *Ser y tiempo*, al cual venía con su libro desgastado. Avanzábamos poco a poco, pues no quedaba ni una frase sin comentar. El examen de este seminario tuvo lugar a mediados de junio, en plena canícula. Nos permitió ir al examen con el libro. Hacía un calor terrible. Ya al inicio nos dijo que teníamos cinco horas para realizarlo y que, si lo necesitábamos, podíamos irnos a casa y tomar una ducha. Con esta mezcla de humor y afecto, nos tranquilizamos todos de inmediato.

Tengo un sinfín de recuerdos con Francesc. Uno de los más entrañables es el de cómo un grupo de estudiantes de filosofía —entre los que destaco a Joan González Guardiola, Pau Pedragosa, Món Páez Blanch y yo misma, entre otros—, a finales de los 90, le perseguíamos a él y a Josep Maria Bech, suplicándoles que nos dieran clases extra de fenomenología. No nos bastaban solo los cursos ofrecidos por la universidad. Queríamos más. Queríamos leer más Husserl, más Heidegger, más Merleau-Ponty. Esta petición dio lugar a la formación del *Grupo de Estudios Fenomenológicos*, el GEF, del cual él pronto se convirtió en una figura central e imprescindible, alrededor de la cual todos nosotros orbitábamos. El GEF es hoy un grupo de investigación consolidado que ha llevado a Barcelona a los principales exponentes de la fenomenología actual y del cual él estaba muy orgulloso. En sus inicios, nos encontrábamos cada viernes por la tarde para leer *Las investigaciones lógicas* de Husserl. Después fuimos espaciando los encuentros. Cuando yo me fui a vivir a Alemania, siguió Francesc leyendo y discutiendo este texto con mis compañeros durante cuatro años.

También recuerdo cómo me ayudó a traducir el libro *El oficio de la libertad*, de su buen amigo Peter Bieri, también fallecido recientemente. Cada frase del libro fue discutida con él, cada matiz de cada palabra fue examinado. Así trabajaba Francesc, cuidadosamente, sin perder detalle alguno.

Me gustaría resaltar dos cosas que aprendí de él y que creo que son importantes a la hora de hacer filosofía. No me refiero a contenidos filosóficos específicos, pues me faltarían páginas. Con Francesc leímos las principales obras de Husserl, desde “La idea de la fenomenología” hasta las *Meditaciones cartesianas*, pasando por *Ideas* y *Las investigaciones lógicas*. Como sería imposible mencionar todos los conocimientos que él me aportó, me refiero más bien a habilidades importantes para la práctica filosófica. La primera es la lectura atenta de los textos. Con él aprendí a leer con el texto original a un lado, la traducción (si es que había) en el medio y el diccionario de alemán en el otro. Como heredero de la tradición hermenéutica, me enseñó a leer y releer con calma y sin prisa, dejando que el texto, como artefacto vivo, deje entrever todos sus niveles de significación, permitiendo que se encuentren los diferentes horizontes de los lectores, así como el horizonte mismo del autor.

La otra cosa que aprendí es que uno puede ser amigo de sus alumnos. Francesc discutía con nosotros filosofía, pero también nos preguntaba —con una mezcla de interés genuino y curiosidad— por los diferentes temas vitales que ocupaban a cada uno: familia, amigos, amores, temores, preocupaciones, planes de futuro y expectativas. La relación de maestro y pupilo no excluía, por ende, una relación de auténtica amistad, sino que incluso la fomentaba y la avivaba. Así, filosofábamos no solo sobre temas abstractos, sino también sobre cada una de nuestras tesis vitales, aplicando a nuestras existencias pensamientos que habíamos encontrado en los clásicos de la fenomenología. Hacía con nosotros filosofía aplicada.

Hay muchas cosas que nos unían, pero hay dos que en particular quiero mencionar en esta semblanza. La primera son nuestros orígenes: la familia paterna de Francesc era, como la mía, de la provincia de Lleida, a la que se suele llamar “el salvaje oeste catalán”. Le encantaba el “lleidatà”, este dialecto del catalán tan diferente del que se habla en Barcelona. Siempre me preguntaba por cómo se dice en leridano esto y aquello y cuando me lo hacía pronunciar, hacía cara de deleitarse con ello. La segunda es un destino compartido: Alemania. En este país pasó Francesc parte de su vida, sus años de Heidelberg con Gadamer, y del que decidió irse para regresar a Barcelona, mientras que yo he decidido quedarme.

Cuando yo estaba ya en Tübingen, pero mucho más aún cuando hacía mi doctorado en Berlín —donde entonces también estaba Peter Bieri—, y luego cuando hice mi sustitución de cátedra en Heidelberg, le encantaba que lo llamara y lo pusiera al día de lo que se hacía en cada uno de estos institutos.

Su fallecimiento me ha acercado a una verdad filosófica formulada por el filósofo Paul Ludwig Landsberg en su libro publicado primero en castellano: *La experiencia de la muerte*. En este libro, Landsberg se pregunta si hay una experiencia humana cercana a la experiencia de la propia muerte. En contra de Scheler, que analiza la experiencia de la muerte por medio de un estudio del envejecimiento, Landsberg afirma que la experiencia más cercana a la experiencia de la propia muerte es la experiencia de la muerte de alguien a quien amamos y con quien tenemos un vínculo íntimo. Esta verdad refleja ahora mi manera de hacer el duelo, sintiendo que, con su ausencia, Francesc se ha llevado también una parte de mí.

Para terminar, me gustaría leer una poesía de Màrius Torres y Perenya, poeta catalán de la ciudad de Lleida, que era además pariente de Francesc. Màrius Torres provenía de una familia muy conocida e ilustre de esta ciudad: su padre era médico y su madre, una médium destacada. Ambos creían en la inmortalidad del alma, un tema que creo que a Francesc le iba bastante grande. Francesc y yo habíamos leído juntos las poesías de Màrius Torres y, en particular, esta dedicada a la ciudad de Lleida le gustaba mucho. La leeré en mi dialecto del catalán, que refleja mejor la rima tal y como la concibió su autor.

La ciutat llunyana

Ara que el braç potent de les fúries aterra
la ciutat d'ideals que volíem bastir,
entre runes de somnis colgats, més prop de terra,
Pàtria, guarda'ns: – la terra no sabrà mai mentir.

Entre tants crits estranys, que la teva veu pura
ens parli. Ja no ens queda quasi cap més consol
que creure i esperar la nova arquitectura
amb què braços més lliures puguin ratllar el teu sòl.

Qui pogués oblidar la ciutat que s'enfonsa!
Més llunyana, més lliure, una altra n'hi ha, potser,
que ens envia, per sobre d'aquest temps presoner,

batecs d'aire i de fe. La d'una veu de bronze
que de torres altíssimes s'allarga pels camins,
i eleva el cor, i escalfa els peus dels pelegrins.

Gracias por todo, Francesc!

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025